

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 14 de febrero de 2007

Homenaje a Clemente Sáenz Ridruejo

Próximo a cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de Clemente Sáenz Ridruejo, el pasado 14 de febrero se celebró en la sede de la Real Academia de Bellas Artes un emotivo homenaje a quien había sido maestro de ingenieros a lo largo de una vida en la que la práctica profesional, intensamente ejercida había sido complementada con singular brillantez por otras actividades que hicieron de Clemente un personaje excepcional.

Así, el acto, organizado por el Colegio y la Asociación de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, juntamente con la Real Academia, se titulaba "Los otros mundos de Clemente Sáenz Ridruejo", y su convocatoria originó una gran asistencia de público que llenó el salón principal de la Academia.

Presidió el acto, en representación del Director de la Academia Don Ramón González de Amezúa, nuestro compañero y académico Javier Manterola, quien dio la bienvenida a los asistentes mostrando su admiración por Clemente, al que definió como un ingeniero formidable, hombre de enorme cultura y amante de la naturaleza.

Tras las palabras de bienvenida de Javier Manterola en representación del Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, toma la palabra Miguel Aguiló, Presidente de la Asociación de Ingenieros de Caminos, para presentar el acto.

PRESENTACIÓN DE MIGUEL AGUILÓ

Muchas gracias Javier, gracias a la Academia por recibirnos en esta casa y por ayudarnos a la organización de este acto, acto que hemos organizado conjuntamente la Asociación de Ingenieros de Caminos y el Colegio de Caminos. Edelmiro Rúa como Presidente del Colegio y yo como Presidente de la Asocia-



ción damos la bienvenida a todos ustedes a este acto en honor de Clemente.

Clemente Sáenz Ridruejo ha significado mucho para todos nosotros y tiene tantas facetas que hemos decidido convocar este acto. De su organización se han encargado dos eminentes ingenieros: Leonardo Torres-Quevedo y José Antonio Torroja. Ellos han diseñado el acto y elegido los temas y ponentes, por lo que les agradezco vivamente su magnífico trabajo. Debo también mencionar, aunque no organiza esta convocatoria, por ser muy querida de Clemente, la Fundación Ingeniería y Sociedad que fundamos conjuntamente hace ya quince años con un grupo de ingenieros, y que él siempre quiso de una manera muy particular y de la cual me designó como Presidente. También fue de alguna manera culpable de que yo fuera catedrático de la Escuela de Ingenieros de Caminos y me especializase en temas de Paisaje y de Estética.

A este mundo tan completo y tan complejo de Clemente hemos decidido acercarnos hablando de sus otros mundos y lo vamos a hacer con tres confe-

rencias, tres intervenciones breves, la primera a cargo de Alfredo Pérez de Armiñán que es Académico de Bellas Artes, Presidente de Hispania Nostra y que nos hablará de Clemente Sáenz Ridruejo y la defensa del paisaje cultural soriano, cuando Clemente enarboló la bandera de la defensa de la variante de Soria, siendo Pérez de Armiñán entonces Director General de Bellas Artes. Después tomará la palabra Eduardo Martínez de Pisón, Catedrático de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid, para hablarnos de Clemente Sáenz como naturalista y humanista y por último interviendrá Enrique Alarcón Álvarez, ingeniero de caminos, Ex-Presidente de la Real Academia de Ingeniería y Catedrático de Estructuras de la Universidad Politécnica, quien nos hablará del Clemente Sáenz Ridruejo ingeniero de caminos. Cerraré el acto Edelmiro Rúa, Presidente del Colegio.

Tras estas presentaciones, a continuación, tres personalidades que conocieron bien al homenajeado, pronunciaron sendos discursos que reproducimos, íntegros a continuación:

Clemente Sáenz Ridruejo y la defensa del paisaje cultural soriano

Alfredo Pérez de Armiñan. Presidente de Hispania Nostra

Excmo. Sres. Académicos, Señor Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Señor Presidente de la Asociación de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, señoras y señores,

Nos reunimos hoy en homenaje y recuerdo de nuestro buen amigo Clemente Sáenz Ridruejo, fallecido hace casi un año. Además de un gran ingeniero, Clemente era un espléndido humanista y un riguroso hombre de ciencia. Como tal, llegó a ser Catedrático de Geología y Catedrático Emérito y "ad honorem" de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid, Presidente de la Asociación de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y Vicepresidente de ese Colegio profesional y Académico correspondiente de esta misma Real Academia y de la Real de la Historia. Fue también autor de numerosas publicaciones sobre Geología Aplicada, su especialidad, y sobre arqueología, historia y arquitectura militar.

Se ocuparán esta tarde de glosar estos aspectos de su rica personalidad, mejor de lo que podría hacerlo yo, el profesor Eduardo Martínez de Pisón y el Presidente de la Fundación Pro Rebus Academiae de la Real Academia de Ingeniería, Enrique Alarcón. A mí me corresponde, por causa de la cordial invitación de la Asociación y del Colegio de Ingenieros de Caminos, organizadores de este acto, que agradezco de veras, como Presidente de Hispania Nostra, Asociación de la que Clemente Sáenz Ridruejo fue miembro ilustre y a cuya Junta Directiva perteneció durante muchos años, situarle y recordarle en su

paisaje natal, la alta tierra de Soria, "donde traza el Duero su curva de ballesla", según la extraordinaria y expresiva metáfora de Antonio Machado.

Alta tierra de Soria que resume el legado cultural, histórico y estético que Clemente recibió y que explica también su vocación como ingeniero, humanista y científico. Legado y vocación que tuvieron una expresión admirable en su batalla para proteger el "paseo de los álamos" del Duero, entre San Polo y San Saturio, amenazado en los años transcurridos desde 1978 a 1983 por el trazado de la circunvalación de Soria.

Durante esos cuatro años, Clemente Sáenz Ridruejo dedicó sus mejores esfuerzos personales y profesionales a impedir el destrozo de un paisaje inseparable de la mejor poesía en lengua española. Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado y Gerardo Diego lo convirtieron con sus obras en un lugar que condensa como pocos la aportación de la sensibilidad española moderna a la apreciación de la intensa relación entre la naturaleza y la cultura. Hoy lo llamaríamos "paisaje cultural", o si se prefiere, con los términos de nuestra Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985. "sitio histórico", pues estas dos caracterizaciones pueden aplicársele.

Al ejemplo de valor cívico y de integridad moral que nos ofreció en esos años Clemente Sáenz Ridruejo voy, por tanto, a referirme. He de decir que fui testigo directo de ello, primero desde Hispania Nostra y después en la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura. Pero por si mi memoria fuera flaca, por fortuna, el propio Clemente nos dejó un relato en primera

persona de lo que él mismo llamó la "batalla del Duero", y a él me he atenido al repasarla.

Se trata de la conferencia que pronunció en Ronda, en julio de 2003, con el título "Defensa de un paisaje: la carretera de Soria", en las Jornadas sobre Paisajes Culturales dirigidas por Ramón de la Mata Gorostizaga y Miguel Aguiló. Esta intervención ha sido publicada por el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos en la colección Ciencias, humanidades e ingeniería, cuyo propio título tan bien cuadra a la personalidad del autor.

En su conferencia de Ronda, Clemente dibuja, casi sin quererlo, con absoluta modestia, pero gran precisión, un autorretrato, al hilo de su actuación para sustituir por el recorrido actual el primer trazado de la "variante de Soria". Como se recordará, este iba a discurrir por el Sur de la ciudad, atravesando y aplastando materialmente el "paseo de los álamos" del Duero, entre San Polo y San Saturio.

En unos significativos párrafos nos dice: "El argumento principal a favor de la Sur –aparte de las urgencias coyunturales de los políticos– fue, durante la primera mitad de la polémica, la inviabilidad técnica de la variante o circunvalación por el norte. Personalmente me indignó semejante falacia, pues como ingeniero y geomorfólogo sabía y a todo el mundo se le alcanza cómo es mucho más barato y más sencillo hilvanar una carretera por la penillanura norteña –a pesar de alguna barranca que hay que salvar– que el trazado por la abrupta y angustia hoz fluvial del Duero. El norte una paramera despejada. El sur una carrera de obstáculos".



Entre otros, Leonardo Torres Quevedo, Pedro Rodríguez, Juan Iazcano, José Antonio Torroja y Ángel del Campo

A continuación añade: “La polémica que se organizó fue tan larga, hubo tantos avances y retrocesos, tantos heridos... en su amor propio y bajas de mandamases, que más que una batalla puede hablarse de una guerra. Las armas que se emplearon no siempre estuvieron dentro de los más depurados códigos éticos”.

Pues bien, frente a las presiones de todo tipo –personales y profesionales, no olvidemos que Clemente era funcionario del Ministerio de Obras Públicas– y las insidias publicadas en la prensa local, movidas por los interesados en la construcción de la variante Sur, lo cierto es que Clemente, y sus compañeros del Centro de Estudios Sorianos, entre los que desde el principio se contaba su actual Presidente, Antonio Ruiz, resistieron y, sobre todo, plantearon una alternativa.

Su indignación como ciudadanos amantes de su ciudad y de su herencia cultural, pero también como profesionales íntegros y competentes, fue el auténtico motor de un movimiento cívico, propio de una sociedad culta, vertebrada y

participativa, que alcanzó gran eco en los medios de comunicación –gracias entre otros a Víctor de la Serna y su mujer, Nines, a Antonio Mingote, a Fernando Sánchez Dragó y a Francisco Umbral– y en el que colaboraron instituciones académicas, personalidades culturales, técnicos y simples vecinos de la ciudad.

Este movimiento, sorprendentemente, llegó a triunfar, pese a la terca oposición del Ministerio de Obras Públicas, apoyado con firmeza digna de mejor causa por la Administración municipal y por muchos intereses económicos y políticos locales. En algún trecho de la batalla –en el momento crítico de la primavera de 1980, en que estuvo a punto de perderse– el propio Ministerio de Cultura se plegó al proyecto de construcción de la “variante Sur”, en contradicción con actuaciones protectoras anteriores de la Dirección General de Bellas Artes, gracias a las cuales, a fines de 1978, se había incoado expediente para la declaración de conjunto histórico-artístico de las márgenes del Duero en Soria.

Se trató, pues, de uno de los episodios más singulares y extraordinarios de

resistencia cívica que se han dado en España frente a los planteamientos abusivos o poco meditados de las infraestructuras públicas, sobre todo cuando afectan, como ocurría en este caso, a valores tan difíciles de apreciar socialmente en la España de los setenta, y por desgracia todavía en nuestros días, como las evocaciones literarias e históricas asociadas al paisaje. Y ha habido que esperar veinticinco años para que haya vuelto a producirse otro movimiento semejante con repercusión en la opinión pública y éxito ante las autoridades competentes, esta vez en defensa del amenazado paisaje de las Vegas Baja y Alta del Tajo en Toledo, en el que tanta intervención ha tenido también esta Academia.

La crítica a la variante proyectada por el Ministerio de Obras Públicas y la defensa de la alternativa del Centro de Estudios Sorianos, propuesta por el mismo Clemente Sáenz en estrecha colaboración con su hermano Fernando, además de suscitar la adhesión de instituciones culturales como esta misma Academia y las Reales Academias Española y de la Historia, la Fundación Antonio Machado de Collioure y el Ateneo Iberoamericano de París, contó con la participación muy activa de ingenieros, arquitectos, escritores e intelectuales. Se encontraban entre ellos figuras eminentes, como Carlos Fernández Casado, José Antonio Fernández Ordóñez, Fernando Chueca, Miguel Fisac, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela, Fernando Lázaro Carreter y Julián Marías –por citar sólo a los ya fallecidos–.

Además, y de un modo inusual en nuestra vida pública, estas actuaciones se vieron apoyadas por personalidades de la política en una dirección claramente suprapartidista. El senador Justino de Azcárate, de la UCD, Presidente entonces de Hispana Nostra, el hoy senador del Partido Popular y escritor y poeta Juan Van Halen, y los diputados socialistas Manuel Núñez Encabo y Alfonso

Guerra, todos ellos –como recordaba Clemente– impregnados de espíritu machadiano, estuvieron claramente a favor de la protección del “paseo de los álamos” del Duero.

Manuel Núñez Encabo, que tuvo una decisiva participación en la aprobación final de la “variante Norte”, lo ha relatado con detalle en un interesante y bien documentado libro, de imprescindible lectura para comprender los complejos entresijos de este episodio.

Pero lo más excepcional se dio en la combinación, al servicio de la defensa de los valores culturales incorporados a las márgenes sorianas del Duero, de las iniciativas ciudadanas surgidas en la propia ciudad de Soria –con apoyo de cinco mil firmantes– y los esfuerzos de propietarios particulares cuyos intereses estrictamente económicos podrían verse favorecidos a la larga por la ejecución del proyecto de la “variante Sur”. Un buen ejemplo de esta actitud lo proporcionó el matrimonio formado por Vicente Ochoa y María Victoria Brieve, hija de quienes habían restaurado el antiguo monasterio templario de San Polo, los cuales se opusieron de forma muy eficaz ante la Administración y los Tribunales, desde el primer momento, al atentado contra el “paseo de los álamos”. Ellos fueron quienes, con Hispania Nostra, solicitaron la apertura del expediente de protección del lugar como conjunto histórico-artístico en 1978, lo que fue indudablemente el más firme valladar jurídico-administrativo frente a los designios del Ministerio de Obras Públicas, como tuvieron oportunidad de confirmar los Tribunales.

Recuerdo que a ambos, mas adelante, con motivo de un estupendo almuerzo en la pradera de San Polo, en un mediodía primaveral cargado de luz y de vida, dedicó Clemente unas letrillas que resumían lo sucedido con gran jovialidad y fino sentido del humor. No me resisto a recitarles algunos pasajes.



Tras plantear la trama de la contienda, decían:

“Cada uno en su puesto hizo lo que sabía:
uno escribió un informe, el otro dimi-
tía;
fulano por la radio, aquél movió la
prensa,
el que más y el que menos tomó
guante en la ofensa.

“...Y cuando al pueblo llano le hici-
mos ver lo vil
de tamaño dislate, firmaron cinco
mil.”

A continuación, hablaban también
de la lidia judicial:

“..lo que el uno protege, el otro de-
sincoa;
olvidan que en la basca está Vicen-
te Ochoa,
que a la chita callando, con jurídica
ciencia,
con sutiles razones, recurría a la Au-
diencia.”

Y terminaban diciendo, en un brindis
por los anfitriones que resumía lo ocurri-
do:

“Pero ¡ay, amigos míos! polvo hemos
levantado;
nos han escarnecido, nos han vitupe-
rado,
nos han atribuido todas las intencio-
nes,
menos las que nos guían, por nues-
tras convicciones.”

“Ahora se arremolinan, se encuen-
tran en ridículo;
esperemos que de ésta se avengan
a capítulo.
Y entre tanto así ocurre y se hace el
otro puente,
levantemos la copa por Toyita y Vi-
cente.”

Lo divertido y desenfadado de la sá-
tira no disimulaba, sin embargo, la gra-
vedad de las imputaciones de inmovilis-
mo y de actitudes contrarias a los intere-
ses generales hechas por bastantes per-
sonas contra los críticos de la “variante



Sur", sobre todo contra el propio Clemente, como autor de la alternativa técnica al proyecto.

En las jornadas de Ronda, Clemente Sáenz Ridruejo compuso un recuerdo preciso de las numerosas personas que le acompañamos en la "batalla del Duero" y a quienes se nos intentó descalificar. Describió, además, los principales jalones del proceso que condujo al progresivo abandono de la "variante Sur" por la Administración de la UCD -sobre todo desde el año 1981-, y a la definitiva aprobación por el Ministerio de Obras Públicas en 1983, ya con el nuevo Gobierno socialista, de la propuesta de circunvalación por el norte presentada cuatros años antes por el Centro de Estudios Sorianos. Ésta fue finalmente ejecutada y desde entonces ha permitido descongestionar el tránsito rodado por la ciudad, con mucha mejor visión de su crecimiento futuro y sin atentar contra su paisaje más caracterizado.

"Virtus coronat opus", la virtud corona la obra, decían los clásicos. Así también en el caso de Clemente Sáenz Ridruejo. La batalla -incruenta pero dura-

en defensa del paisaje soriano lo atestigua. En ella hacía falta una gran competencia técnica, una absoluta integridad moral y una enorme tenacidad para conseguir un improbable, y por eso todavía más meritorio, éxito. Pero como él dejó dicho, con la ironía suave que también le caracterizaba, "cuando las personas están cargadas de razón y están dispuestas a ejercerla, malo será que no consigan sus propósitos, con tal que se carguen además de paciencia".

La paciencia, desde luego, pertenece al equipaje del científico, y la formación académica y la trayectoria profesional de Clemente Sáenz Ridruejo le habían preparado para su ejercicio. Pero la paciencia es también cualidad de los escritores y de los artistas, los verdaderos creadores en nuestra civilización de la noción de paisaje a partir de los albores del Renacimiento.

La apreciación intensa y profunda del paisaje ha sido, en su origen, literaria y pictórica, consecuencia de su evocación y recreación artística, comenzando por los lugares que contenían restos de la Antigüedad o estaban revestidos de

un halo de sublimidad, de belleza, de pintoresquismo o de exotismo, y siguiendo más tarde por los que mostraban más intensamente los rasgos distintivos o peculiares de un territorio, lo que reconocemos como su carácter.

La consideración del paisaje como objeto de la contemplación estética, asociada también a la historia, se acentuará en el Romanticismo y se expresará con gran fuerza en la literatura y el pensamiento asociados a la interpretación y análisis de los caracteres nacionales, como sucede en nuestras generaciones del 98 y del 14, con el precedente inmediato de autores como Galdós, Pereda o Verdaguer y de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza. En Unamuno, Azorín, Machado, Valle-Inclán y Ortega se muestra la intensa presencia del paisaje, a veces casi como sujeto de la historia y no sólo como escenario de ella. Simultáneamente, se comienza a percibir y a estudiar la realidad física del territorio, y a valorar su morfología, su flora y su fauna. España es, en este sentido, un país precursor del interés en la protección del medio natural en conexión con su vertiente cultural, como lo demuestra la Ley de Parques Nacionales de 1916. La conciencia del valor de la naturaleza, con todas las limitaciones conceptuales que ahora podríamos aducir, pero con gran vigor intelectual, se daba ya entre nosotros hace un siglo y es lástima que un movimiento tan avanzado para su tiempo no haya tenido después la influencia y la repercusión en la práctica que merecía.

Al avanzar el siglo XX, el paisaje comienza a ser concebido también como territorio, en el que se sitúan las actividades y creaciones humanas en el marco de la naturaleza, distinguiendo y valorando las características de "todos" los paisajes, y no sólo de los más relevantes o excepcionales desde el punto de vista natural o cultural. Es la concepción integral del paisaje que se manifiesta ahora

en la Convención europea del paisaje del año 2000.

En cualquier caso, bajo la noción de paisaje reposa la conciencia de que se trata de una construcción cultural sobre la realidad física en que el hombre se sitúa. Por ello, ningún paisaje puede separarse de la mirada de quienes lo han contemplado antes, sobre todo si han dejado su visión plasmada en páginas con las que cada generación posterior ha de dialogar para cobrar conciencia de sí misma.

Desde luego, una concepción semejante dejó su impronta en la visión que Clemente Sáenz Ridruejo tuvo del paisaje, sobre todo del paisaje de Soria y, por extensión, del de Castilla entera.

En la conciencia de Clemente Sáenz Ridruejo, al igual que en la de los grandes escritores en cuyas obras aprendió su significación, el paisaje pertenecía a la esfera espiritual, y la expresaba simbólicamente, tanto como formaba parte de la realidad física y natural. El conocimiento riguroso de sus elementos físicos, de su composición y evolución geológica, de su flora y fauna, propio del hombre de ciencia que era Clemente, se acompañaba, pues, de la percepción estética, del conocimiento histórico y de la evocación literaria y plástica. En este sentido, se mostraba a favor.

Entre los paisajes castellanos, el soriano es probablemente el que más se adapta a una pura expresión estética, sobre todo literaria. Bien lo sabía Dionisio Ridruejo, paisano y pariente de Clemente, que al comienzo de los capítulos dedicados a la provincia de Soria de su admirable libro *Castilla la Vieja*, escribe, hablando de Machado: "Soria será el paisaje subjetivable por excelencia, el paisaje-alma, con belleza que apenas pide ayuda a los sentidos, impresionándonos desde la propia imaginación..." . En este sentido, el sereno pero apasionado esfuerzo de Clemente en la defensa hace un cuarto de siglo del paisaje



De izda. a dcha. Enrique Alarcón, Edelmiro Rúa, Javier Manterola, Miguel Aguiló, Eduardo Martínez de Pisón y Alfredo Pérez de Armiñán.

becqueriano del Monte de las Ánimas y del machadiano de las márgenes del Duero, en torno a Soria, era la perpetuación de una conciencia cultural, fruto, al tiempo, de la herencia, de la comprensión y de la evocación. Acción de continuidad que honraba a quien la emprendió y que preludiaba, ya entonces, las que siguen siendo necesarias en nuestro tiempo por las mismas razones.

Si hoy nos esforzamos en la protección y conservación, e incluso en la construcción de nuestros paisajes —como bien ha señalado Miguel Aguiló en *El paisaje construido*—, y reaccionamos frente a la destrucción o desatención a sus valores, ello se debe, sin duda, a quienes, como Clemente Sáenz Ridruejo, nos han precedido y dado ejemplo en el mantenimiento de una tradición intelectual más que centenaria en España. Bueno es, por tanto, agradecerlo y recordarlo, en un momento en que se ciernen de nuevo amenazas sobre el paisaje en nuestro país.

Los riesgos que corre el entorno de ciudades históricas tan importantes co-

mo Toledo, Segovia, Ávila o Granada, o las dificultades que surgen para la definitiva protección del Guadarrama, son sólo casos muy significativos dentro de un panorama general inquietante. De ahí que este acto de homenaje, para ser fiel a la memoria de Clemente Sáenz Ridruejo, tenga algo de proclama, de voz de alarma ante el desorden urbanístico y la destrucción del carácter del paisaje, en un recinto como el de esta Academia, que hoy como hace veinticinco años, ha servido de foro y de tribuna para ello. Pero este acto también contiene un mensaje de esperanza, plasmado en el testimonio y el ejemplo de la "batalla del Duero", que él encabezó: las personas y las instituciones comprometidas con la defensa del Patrimonio cultural y natural en España no deben desfallecer en su tarea, pueden lograr que sus razones prevalezcan si las mantienen con rigor intelectual, buena fe, tenacidad y valor cívico.

Muchas gracias.

Clemente Sáenz Ridruejo, naturalista y humanista

Eduardo Martínez de Pisón. Catedrático de Geografía Física

"¡Oh, España!... Te vistes con espigas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides... Eres fecunda por tus ríos y amarilla por tus torrentes auríferos".

(San Isidoro)

"Esta tierra es como el paraíso de Dios, porque se riega con cinco ríos caudales que son Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivir y Guadiana; y cada uno de ellos tiene entre sí y el otro grandes montañas y sierras; y los valles y los llanos son grandes y anchos; y por la bondad de la tierra y el humor de los ríos llevan muchos frutos y son abundosos. España, la mayor parte de ella, se riega de arroyos y de fuentes y nunca le faltan pozos en cada lugar, si lo ha menester".

(Alfonso X)

Imagino que a Clemente le hubiera gustado que se abriese con estas citas u otras similares un elogio a lo que él fue como intelectual, escrito desde la perspectiva de un geógrafo. Responden, por tanto, a una voluntad expresa de arrancar este apunte con un gesto decididamente amistoso, apoyado en una muestra de preferencias culturales compartidas. Si aquí nos reunimos en recuerdo de Clemente alrededor de sus "otros mundos", lo hago como quien sabe que forma parte de ellos y que acude aquí desde algunas de sus regiones para dar fe de que Clemente también pasó por allí y no como pasajero, sino iluminando estancias, conociendo las comarcas y señalando itinerarios.

Si me permiten empezar con una referencia remota de esos mundos, les diré que cuando John Muir hacía sus exploraciones de los solitarios glaciares de Alaska a fines del siglo XIX, recopiló también unos datos que nos podrán orientar inicialmente en estos otros universos. Re-

cogió Muir los términos del habla de los indios chinook y comprobó que usaban la misma palabra para indicar "corazón" y "cabeza". En nuestro caso, esta lejana fusión de vocablos podría contener una sugerencia significativa. Es evidente que ni Muir ni sus indios habían podido leer aquel estupendo artículo de Ortega y Gasset titulado justamente "Corazón y cabeza", y no por la lejanía cultural sino, como es sabido, porque era absolutamente imposible, pues aún no se había escrito. Aunque este ensayo nos acerca con la característica inteligencia de Ortega al foco que ahora queremos describir, aquella asociación tan sencilla y rotunda nos podría ya guiar respecto a un temple y a una actitud intelectual, espontánea o deliberada. Tal vez no son estos ámbitos comunes de corazón y cabeza órbitas tan externas por las que viajamos sólo ocasionalmente, sino algo más enraizado y de mayor entidad como manifestación cultural. Es posible incluso que permitan entender en profundidad algunas de las cosas que todos hacemos y, sin duda, las incursiones (o excursiones) a la vez cordiales e intelectuales de Clemente por sus otros mundos.

Nuestro filósofo, Ortega, razonaba que al progreso intelectual ha acompañado un proceso cordial, de modo que la cultura es también "cultivo del corazón", "cultura animi", como escribía Luis Vives. Y esto es tan cierto que "vemos lo que vemos porque antes de verlo lo amábamos ya". Así, nos fijamos de antemano con preferencias anticipadas y "todo ver es un mirar; todo oír, un escuchar", añadía Ortega. Como bien comentaba otro filósofo ilustre y a la vez soñador y nuevamente amigo, Helio Carpinero, en este punto del discurso surge además toda la Generación del 98,

concentrada en aquella expresión de Unamuno: "siente el pensamiento, piensa el sentimiento". Estamos, pues, bien asentados en nuestras propias raíces.

Pero podemos ir mucho más lejos aun. No es sólo nuestra esta tierra labrada, mixta de pensar y sentir. Es tan vieja, por ejemplo, como Marco Aurelio cuando escribía que todo tiene su conexión, porque las cosas son amigas unas de otras. Pero, sobre todo, somos herederos de la actitud moderna que se ha llamado el "sentimiento de la naturaleza", que aunó voluntariamente ideas y sensaciones, lo mismo entre los hombres de ciencia que en los poetas. Y, por poner ejemplos mayores, nada menos que en el caso de Humboldt o en el de Goethe. El ritmo acompasado de corazón y cabeza pertenece, pues, a una de nuestras más sustanciales corrientes culturales. Participamos en ella, fundamenta algunas de nuestras acciones más personales e incluso es el motor de determinados proyectos vitales e intelectuales. Lo que llamamos difusamente vocación parece tener en ese trasfondo uno de sus impulsos más fácilmente demostrables.

Aunque todo tiene sus excepciones. Cuenta George Sand que en uno de sus viajes alpinos no podía contener su admiración por los paisajes que iba viendo y exclamaba constantemente palabras emocionadas; uno de sus compañeros artistas le reprendió ya que, según él, una dama no debía manifestar tal vehemencia, más bien propia -añadía textualmente- de un geógrafo. Sin embargo, durante un tiempo dorado de la literatura del paisaje -ilustrada y romántica-, parecía lo correcto manejar ante él las necesarias dosis de objetividad y subjetividad. E, igualmente, de amor a la tierra y a los hombres, donde el sentimiento es el

motor que abre los ojos al mundo. Incluso tomando como punto de partida tal sentimiento, como hacía la primera geografía física, por ejemplo el de la armonía de la naturaleza, como presentimiento de su estructura, a la que se llegará después.

Si echamos la vista atrás en este orden de cosas podemos encontrar en él a gentes ponderadas y sabias, como nuestros compatriotas Jovellanos, Casiano de Prado o Azorín. Este es el lugar justamente también de Clemente Sáenz. El lugar de la conexión doble de corazón y cabeza y de amistad entre las cosas que atañen a la naturaleza, las humanidades y las ciencias abstractas.

O, dicho de otro modo, el sitio o la posición de Clemente en la ingeniería, pero también como geógrafo, historiador y escritor, por separado o juntamente; por lo tanto, en las rocas, los volcanes o los glaciares y en los romanos, los celtíberos o los castillos. Lo podemos dibujar asomado a un río por el que corre tanta sabiduría como agua. Un repaso a su obra, es decir a más de cincuenta años de publicaciones y constancia, muestra todas esas inclinaciones en pasiones permanentes y dedicaciones equilibradas. Los temas clave perduran y renacen constantemente en su lista de obras de principio a fin. Hay un paisaje final que evoca su labor escrita, como una obra completa que perfila un panorama. En ese lienzo están representadas la minería romana de las Médulas, los castillos de Soria, las viejas ciudades de Castilla, la Mesta y las cañadas. En él aparecen, como en un mapa o una vista en perspectiva, los nombres de los lugares, los monumentos que reclaman defensa, el Camino de Santiago y las ruinas arqueológicas. Están apuntados sus temas propios de geólogo y los de geógrafo vocacional, como los puntos de interés espeleológico y las claves clásicas de las formas de relieve: los ríos, las terrazas, los volcanes activos y apagados, los glaciares en las montañas.

Junto a ello se encuentran igualmente, implícitas o explícitas, las resonancias

directas de los maestros, los asuntos principales de una escuela que fue hontanar, como la resonancia del "solar hispano" de Hernández-Pacheco, el emplazamiento de las ciudades, como la Sigüenza evocadora de Terán y, por supuesto, los puntos de interés y los modos de mirarlos derivados del amplio magisterio de su padre. Así, términos como "fisiografía", "paisaje" y, más explícitamente, "geografía" arraigan con naturalidad en esos mismos suelos. A mi entender se remontó incluso, sin forzar tal base, a órbitas más externas cuando por ejemplo usa el expresivo título de "Agonía de los castillos españoles", con resonancias de Víctor Hugo. Esos títulos sugestivos calcan más la mirada de Clemente que mis propios comentarios; por ejemplo, "Cuando los ríos pasaban bajo los puentes" o referencias a "paisajes con ventanas", "la aventura de los ríos" y tan entregado como "defensa del paisaje" (naturalmente aplicado a Soria).

Pero no sólo a Soria sino también, como me consta, a los remotos Ancares, a la espontaneidad de los ambientes alpinos de Gredos y a los glaciares suspendidos del Parque Nacional de Ordesa o frente a los daños de las canteras de granito madrileñas. Todo ello fue inscrito en inquietudes que llegaban hasta el punto de la crítica literaria, lo que es revelador de esa sensibilidad, por ejemplo al indagar al geógrafo oculto que sostenía al escritor e ingeniero Juan Benet, suma visible de los tres ingredientes que también constituían su personalidad. En la personalidad intelectual de Clemente, como en la de Benet, se suman el ingeniero en ejercicio, el escritor vocacional de hecho y, como debo subrayar desde mi perspectiva, el geógrafo en secreto. Y fue geógrafo no sólo por lo mucho que sabía, por su dominio de la materia en lugares, lecturas, terreno, mapas y métodos, no sólo por sus conocimientos abundantes –y hasta sorprendentes– sino también por sus preferencias, inclinaciones y actitudes.

Detrás había un estilo de acercamiento a los asuntos de interés, el que da el viaje, el saber de los sitios, los pasados y los libros con cartas y planos alrededor. A partir de los viajes "comencé a advertir" –escribe en una ocasión– singulares huellas en el paisaje. Y esas marcas impresas en el terreno le llevaron nada menos que al esclarecimiento de las formidables formas mineras labradas en las Médulas. La actitud ante el interrogante está explícita en Uxama; trató de ponerse en la mente de quienes hicieron la obra antigua, de modo que "resulta un ejercicio apasionante –escribe– plantearse el abastecimiento de una ciudad romana desde cero... e ir concordando, a través del túnel del tiempo, con el anónimo geómetra que lo resolvió". El diálogo a través del tiempo, en un colosal ejercicio de arraigo cultural, se establece a través de la mirada puesta en el paisaje.

Pero, si es preciso, ese ejercicio puede ir más allá. Cuando ha de hablar de los ríos no duda en ponerse en su lugar para discernir su comportamiento. Y así escribía: "si yo fuera río...". El río independiente que sigue sus propias tendencias parece reclamar ese traslado de personalidad. Concluía con humor, más o menos, que, si fuera ese caso, tampoco él pasaría bajo los puentes; en tal planteamiento, se detenía también en las miradas singulares de otros transeúntes que dejaron su testimonio en la historia sobre antiguos cauces, aguas, vados y pasos, como en Coria, en el caso del puente del Alagón, que "se levantó en 1518, pero cuando pasó por allí la viajera y memorialista madame d'Aulnoy en 1679, se extrañó bastante de que en esa ciudad se ve un gran puente sin río y un gran río sin puente". E incluso relataba su propia experiencia: "Resumiendo: antes, en mejores tiempos, cada puente contaba con su río debajo; ahora, con este desorden del fin del milenio, ya ni se sabe. El que suscribe tuvo su máximo desconcierto en esta materia cuando fue a visitar el puente que pasa por ser el más



antiguo de China: grande, marmóreo, primorosamente labrado... y en seco sobre campos de cultivo. Preguntados los arqueólogos responsables por el paradero actual del río, se limitaron a repre- guntar: ¿qué río?”.

Esta vinculación al paisaje y al tiempo llega a ser afectiva, principalmente en Soria, claro está, manifestada como una geografía cordial y hasta rebelde. Sin duda se activa aquí el peso de lo que Ortega llamó “geografía sentimental” y Machado “geografía emotiva”. ¿Cómo no sentir Soria siendo sólo un lector del poeta y más aun con la adscripción notable de Clemente? Por ello ve su paisaje “lleno de belleza y connotaciones culturales y afectivas”. De este modo, la geografía soriana se tiñe con versos de modo natural.

Este mismo temple lo trasladó Clemente a los castillos, entendiéndolos como parte del paisaje, con su melancólica historia de abandono y demoliciones. La relación más ajustada que establece se alcanza cuando reúne condicionan-

tes geográficos, historia e ingeniería, porque esta última es clave en todo lo que emprende. Por ejemplo, en “La fisiografía española en la evolución de las comunicaciones”, del año 1984, o en su análisis del Camino de Santiago, de 1992, se relacionan todos esos ingredientes que se constituyen en realidad tangible a través de un espacio y de un tiempo determinados. De ese modo puede sumar -hay que saber para hacerlo y hay que saber hacerlo- el Paleozoico, Gelmírez y la ingeniería popular sobre un mapa en el que hilvana villas, ciudades y santuarios. O también resulta de ello una original consideración del esfuerzo geográfico de la Reconquista (y luego de la Mesta), “antiorográfico y contrafluvial”, saltando de valle en valle en extremaduras provisionales y trazando cañadas “a contrapelo de fosas y cordilleras”, a su vez hilvanando puertos y vados. Todo este placer en nuestra historia y en sus paisajes se podría resumir en la cita de las alabanzas de San Isidoro que abre su libro compartido sobre los ríos españoles: “Tu su-

perfusus foecunda fluminibus, tu aurifluis fulva torrentibus”.

Se muestra igualmente tal placer en su cuidado por la buena escritura. Es el caso de cuando repasa el estado de los castillos en 2001, tal vez reviviendo una vez más la prosa y melancolía del 98: “Los castillos españoles forman parte sustancial del paisaje... Pero de la mayor parte lo que queda son ruinas informes o engañosas carcacas que, de lejos, dejan ver muros enhiestos, aunque carcomidos y desdentados de muchas almenas y, de adentro, han perdido techos y maderamem, patios porticados, edificación civil y cualquier tipo de habitabilidad o gracia arquitectónica. En la mayor parte de las fortalezas montañas... sus castellanos vivieron en un árido pedregal, ayuno de agua y flora... En semejantes lugares se ven hoy las ruinas de estas fuerzas, pero más inhóspitos aún se presentan los castillos roqueros de crestería, casi siempre caballeros sobre un estrato estrecho y de cumbre cresta de gallo, cuyo patio de armas -por llamarlo de alguna manera- sube y baja, se adelgaza y apenas expande al tenor del afloramiento pétreo”.

Aparte de la manifiesta agudeza en la percepción literaria, esta actitud ante los hechos y las gentes, amable, culta, acogedora, inteligente y abierta, sin duda con el don de la simpatía, fue parte básica de la eficacia de su magisterio. Y lo fue en mi caso. Coincidí con el magisterio de Clemente en asuntos geográficos cruciales, como en el estudio (o mejor, pasión) por los volcanes, los dormidos y los que se manifiestan eruptivamente, que trabajé en su laboratorio con mi inolvidable amigo Víctor Higes; de aquel laboratorio salimos para ir al Etna en uno de sus paroxismos y a él volvimos para analizar y escribir. O en los glaciares, tanto en las huellas de sus avances cuaternarios, cuya bibliografía y fuentes cartográficas estudié allí mismo, como en sus residuos actuales en España o sus manifestaciones alpinas, hasta el punto de constituir conjuntamente en los años se-

tenta del pasado siglo un animoso grupo de ingenieros, geógrafos y geólogos, fundador de un incansable Instituto Español de Glaciología, que inició y llevó a cabo el reconocimiento y el inventario sistemáticos en nuestras altas montañas de sus últimos núcleos de hielo. En aquel local nos juramentamos y desde allí, igual que en los casos del Etna y del Teneguía, salimos para el Monte Perdido y el Aneto. Del mismo modo coincidimos en los ríos, colaborando en una colección de geografía física cuyo único fin era aumentar el número de los amantes de nuestros bosques, rocas, aguas y costas. Y además, en las ciudades de Castilla, como en mi ya vetusto trabajo sobre Segovia, libro que, con prólogo de Clemente, publicó en 1976 el Colegio de Ingenieros de Caminos en su colección, de expresivo nombre que ahora adquiere resonancias clementistas, de Ciencias, Humanidades e Ingeniería. En aquel libro coincidíamos en nuestro afán por el paisaje, por todo paisaje, sin importar que fuera de letras o de ciencias. Sin estos apuntes creo que no quedaría completo el historial abierto y desprendido de Clemente y, claro está, tampoco el mío. Sin duda hay contactos formidables basados en cosas tan fascinantes como pueden ser montañas, ríos, caminos, ciudades, viejos maestros, viejos paisajes, viejas batallas por los paisajes. Estos son nuestros cuarteles.

Todo ello fue hecho con tanto placer como erudición. Porque, como decía Ortega, "siempre es más fecunda una ilusión" y, donde ésta germina, el fruto transmite ese estado de gracia propio de las cosas donde se vuelca su autor. Y en ese temple se fraguó lo más atractivo de su magisterio, que alcanzó directamente a la geografía, en los parajes dichos y no sólo allí, añadiendo entusiasmo a lo que era obligación.

Y, puesto que tal quehacer fue tan entrañado, nada mejor para acabar esta semblanza de un amigo como Clemente Sáenz que un párrafo de Unamu-



no en Paisajes del alma, que parece escrito para este caso: "El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje... Lo que nos enseña, recreándonos –y nos re-crea enseñándonos a ser hombres-, el contemplar la Naturaleza como historia y la historia como Naturaleza, el paisaje

como lenguaje y el lenguaje como paisaje, las pedrizas como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo".



En primera fila, los miembros de la familia de Clemente.

Clemente Sáenz Ridruejo, ingeniero de caminos

Enrique Alarcón Álvarez. Presidente de la Fundación Pro Rebus Academiae, de la Real Academia de Ingeniería

Excelentísimos señores y señoras, compañeros, amigos:

Tuve la suerte de ser elegido como amigo por Clemente y la desgracia de que eso sucediera en los últimos cinco años de su vida.

Y digo esto porque, la pequeña muestra de tiempo en que el destino me permitió disfrutar de esa amistad me hace lamentar no haberme acercado con más confianza a él durante los muchos años previos en que yo seguía y admiraba su trayectoria.

Me han pedido que lo glose como ingeniero, misión imposible de conseguir en 10 minutos, por lo que pido disculpas por las carencias de mi discurso que, desde el cariño y admiración hacia el personaje, voy a intentar enfocar desde los tres puntos de vista que más me han llamado siempre la atención: su actividad profesional, su magisterio en la Universidad y su dedicación a las asociaciones.

En la profesión Clemente era una leyenda. En algunos aspectos semejante a su padre: profundo conocedor del territorio, amante de su especialidad, dispuesto a compartir con generosidad su tiempo y su sabiduría, pero también, y no como virtud menor, a aprovechar cualquier ocasión para transformar en amigos a sus clientes e incluso a sus oponentes en las cuestiones controvertidas.

Clemente siempre me ha admirado porque tenía la visión global de la geomorfología de España, cultivada en sus incansables viajes por el país y compartida con algún que otro compañero como Mariano Fernandez Bollo o Miguel Angel Hacar con los que coincidió en la Sociedad de Reconocimientos Geofísicos.

Él había completado su formación universitaria con la carrera de Ciencias Geológicas cuyos estudios hizo compa-

tible con el desarrollo de su actividad profesional.

Desde 1956 se acumulan en su currículum intervenciones relacionadas con grandes presas, túneles, trazados de carretera y ferrocarril, cavernas para centrales hidráulicas, canales, abastecimientos de agua, centrales nucleares y convencionales, urbanismo y ordenación del territorio, etc.

Entre ellas se encuentran estudios para obras míticas de la ingeniería española como Aldeadávila, Valdecañas, el túnel de Talave, los trazados de ferrocarriles de alta velocidad, etc.

Yo coincidí con él en varias ocasiones relacionadas con el estudio sísmico; de centrales nucleares y de alguna presa accidentada en la que participó como perito judicial.

Con toda razón decía que en ingeniería sísmica estamos ahitos de información y ayunos de conocimiento y para ilustrarlo contaba la historieta, luego clásica, del famoso capitán de la marina mercante que para tomar una decisión en los momentos de peligro, debía acudir a la caja fuerte de su camarote donde guardaba un libro secreto que contenía una sola línea en la que se explicitaba... ¡la relación biunívoca entre babor-estribor e izquierda-derecha.!

En todas sus soluciones a problemas ingenieriles brillaba su sentido común y su profundo conocimiento tanto del territorio como de los avances de la técnica, de los que se mantenía al tanto gracias a sus visitas a obras nuevas y a su capacidad para escuchar a todos sin prejuicios. Su capacidad para generar soluciones, su generosidad al compartirlas sin contraprestación y su bondad desbordada le ganaron el respeto y aprecio de toda la profesión.

Una de las marcas de clase en la ingeniería moderna española ha sido, desde Betancourt hasta ahora, la habilidad física

y matemática de sus estudiantes. Pero en ingeniería el cálculo sin la observación no es nada y por eso son tan importantes para la formación asignaturas como la que explicaba Clemente.

Asignaturas donde lo más increíble, como que haya restos de fauna marina en lo alto de las montañas, puede ser lo más razonable.

Clemente contaba una frase de Jefferson, presidente de USA, quien consideraba más plausible que dos profesores yankees mintieran al hablarle del origen de los meteoritos que aceptar como cierto que desde el cielo llovían piedras.

En esta asignatura tan singular y tan necesaria, el primer mérito de Clemente fue la organización de un grupo apasionado de profesores con los que sacó adelante el laboratorio de geología de la escuela incluso en las etapas de penuria, planteó la renovación de contenidos con temas de la máxima actualidad y lo hizo con especialistas de todas las ramas científicas y técnicas.

Si sus colaboradores en la Cátedra veían en él a un maestro qué decir de lo que sentían sus alumnos.

Mi primogénita, estudió Caminos y no empezó a convencerse de que estaba en el sitio que le gustaba hasta que llegó a la asignatura de "Geología Aplicada" y se encontró a un profesor que la animaba en lugar de maltratarla, que la hacía pensar con grandeza y que le mostraba, la realidad del país, las dificultades y las oportunidades de la profesión.

Para espanto de sus progenitores, Arantza volvía todos los fines de semana con barro hasta los huesos tras dedicarse a visitar cuevas con el grupo de espeleología pero también con un entusiasmo suficiente como para arrastrarnos en alguna ocasión a repetir la excursión con nosotros a pesar de mi inveterada reluctancia a

codearme con la escala 1:1. Me contaba también que en las visitas de campo la entrega del profesor era tal que los alumnos terminaban con un aplauso espontáneo a su magisterio.

Clemente sabía, y estaba satisfecho por ello, que los estudiantes de la Escuela se dividían entre los que habían pasado por sus manos y los que todavía peleaban con las asignaturas previas; pero siempre tenía la elegancia de interrumpir los halagos y reconocimientos con un gesto de humor.

Viene a mi memoria un congreso donde en el descanso entre dos sesiones comencé a importunar su modestia con mis agradecimientos por el cambio en la actitud de mi hija ante la carrera. Salió del trance asegurándome que deberíamos ser conscientes de que el único acto en que enseñamos algo a los estudiantes es el momento del examen en que pronunciamos la fatídica frase "firmen y entreguen". Y justificó su "boutade" asegurando que con ella se les transmiten dos ideas básicas: que las cosas hay que terminarlas en el tiempo disponible y que la firma compromete la responsabilidad de lo que se ha escrito.

Como he dicho Clemente era magnífico ingeniero y un gran profesor pero, además, un extraordinario compañero. Y ello, no sólo en la relación bilateral, donde siempre brilló su respeto grande a la persona, especialmente si estaba en apuros, sino por que su cariño al colectivo le llevó a embarcarse en empresas como la Asociación o el Colegio donde es fundamental una desinteresada dedicación.

En ellas además de organizar actos en defensa de la profesión y de la calidad de los trabajos tuvo participación destacable en la Colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería.

Recuerdo el entusiasmo con que reaccionó cuando le propuse, a raíz de la celebración del X Congreso Mundial de Ingeniería Sísmica en Madrid, la reedición del libro de 1756 donde el Catedrático de matemáticas de Salamanca Ortiz Gallar-

do, que dedicó la obra a su predecesor y tío Torres de Villaroel, explica el origen de los terremotos tras el impacto causado en la opinión pública por el sismo de Lisboa de 1755.

Y cómo disfrutamos con la lectura de algunos párrafos que ilustran sobre la vida académica en la Salamanca de aquéllas fechas.

Por cuestiones relacionadas con la edad límite que impusieron los Estatutos de la Real Academia de Ingeniería, Clemente no pudo formar parte de la misma, a pesar de lo cual no escatimó esfuerzos para su creación desde el Instituto de Ingeniería ni para apoyar su desarrollo cuando años después le pedí ayuda para buscar una Sede digna.

Incluso cuando me encargó pronunciar su alabanza en la entrega del Premio Nacional de Ingeniería Civil estoy seguro que con ello pretendía una propaganda subliminal de la Academia ante las autoridades del Ministerio.

No subliminal sino clarísima fue su intención igualmente cuando provocó un acto de homenaje en el Colegio a los Ingenieros de Caminos que habíamos obtenido el Premio Nacional de Investigación en Ingeniería: Manuel Elices, Fernando Flores y yo mismo.

Como saben ustedes en algunos miembros de nuestra carrera renacen periódicamente las dudas sobre la intensidad de la formación en ciencias exactas y físicas que es preciso imbuir a los futuros ingenieros. Clemente, lo tenía muy claro: no se puede prescindir de lo que ha dado carácter a la ingeniería moderna ni tampoco de la investigación propia, que como decía Guillermo Humboldt, conduce al perfeccionamiento intelectual y a la forja de la voluntad de profesores y alumnos. Y ahí justificaba el homenaje a los premiados.

Como subproducto defendía también el Plan 57 del que este año, por cierto, se cumplen 50 años y a cuyo análisis la Real Academia de Ingeniería dedicará una sesión monográfica.

Con una afirmación rotunda "Queridos compañeros en los nidos de antaño hay pájaros hogaño" comenzó su intervención en aquel homenaje que nos dejó emocionados y agradecidos.

Cuando terminó le recliné que todo había sido perfecto pero que había comenzado llamándonos "pájaros" y entonces me recordó una frase de cierto Vicerrector de la Universidad Politécnica de Madrid quien aseguraba que en ésta no existen fondo de reptiles porque, como añadió posteriormente, todos éramos unos pájaros.

Clemente fue fundamental también en el acuerdo alcanzado por el Colegio con la American Society of Civil Engineers. Rosario Martínez, quien escribió una conmovedora despedida en nuestro Boletín, me cuenta que la delegación de ASCE que visitó España quedó fascinada, en la visita que él organizó a Segovia, por su conocimiento de todas las historias que fue capaz de transmitirles sobre los monumentos y el territorio pero también sobre sus habitantes.

Profesional eminente, gran maestro y buen compañero, así era Clemente en su mundo ingenieril.

Que su ejemplo nos ilumine.

Finalmente, Edelmiro Rúa recordó la importante labor que Clemente realizó en el Colegio, siendo promotor de muchas de las actividades que en él se llevaron a cabo, colaborando mucho tiempo en la Junta de Gobierno y siendo, en sus últimos años, Vicepresidente de la misma..

Recordó también su labor como Catedrático en la Escuela de Madrid durante casi toda su vida profesional, de la que los hoy ingenieros guardan un recuerdo imborrable, llegando muchos de ellos a ser sus colaboradores.

Finalmente, y antes de proceder a la clausura, leyó unos párrafos de la carta que la Ministra de Fomento le había hecho llegar, en la imposibilidad de haber asistido al acto. ◆